—Pues es el caso, señor don Felipe, que los señores don Carlos y don Alfonso nos han notificado, subiéndonos el arriendo de las tierras. Claro que ellos tendrán sus motivos para hacerlo, pero es el caso que nosotros no podemos pagar más de lo que pagamos. Lo que rinden las huertas y las chácaras apenas nos dá para vivir. Ud. sabe como se ha puesto la vida de cara con esto del progreso. Nos es imposible aumentar el precio de las verduras y de las frutas porque la gente no pagaría y también, señor, es un pecado querer negociar con lo que produce la tierra... Porque la tierra es de todos, señor, y a ella hemos de volver un día...

—Siga Ud., don Antonio.

—El caso es, señor, que los señores don Carlos y don Alfonso nos echan de la hacienda sino pagamos lo que nos piden. Y ¿adónde hemos de ir, señor? Después de tantos años. ¿qué haríamos en otra parte? Aquí han nacido y se han criado nuestros hijos, aquí nos hemos envejecido y aquí quisiéramos morir... Ud., señor don Felipe, ha de tener mucha influencia sobre sus hermanos. ¡Que le van a negar a Ud., que ha regresado después de tan larga ausencia!... Pida por nosotros, señor, para que no tengamos que dejar estos campos, que tanto queremos.

—Bien, mi amigo. Yo hablaré con mis hermanos. Por estimación a Uds. y por el recuerdo de mi padre sentiría muchísimo se fueran Uds. de "El Naranjal."

Se despidieron los arrendatarios y Felipe se fué a buscar a sus hermanos. Pensaba defender la causa de esos hombres rudos, honrados y buenos como la suya propia. Pero no contaba con la dureza y con la avaricia de Carlos y de Alfonso, que desde las primeras palabras, se negaron rotundamente a toda concesión.

—Lo que nos pides es imposible. Lo que pagan estos hombres es ridículo; quince, diez, ocho libras anuales. Y esos terrenos pueden rendir cinco veces más.

—Hace más de treinta años que trabajan en la hacienda. Nuestro padre los estimaba y los quería.. (Felipe creía ablandar la voluntad de sus hermanos, hablándoles de su padre.)

—En este asunto queda excluído todo sentimentalismo. Es cuestión de negocios y tu sabrás lo que dicen los franceses: **les affaires sont les affaires.** Hay que saber defenderse en la vida, Felipe. Hay que ser, ante todo práctico.

Y Alfonso dió un brusco golpe sobre la mesa. Felipe lo miraba y se asombraba de que aquel hombre seco, ávido de dinero, hinchado de vanidad fuera hijo de ese don Alfonso Morales tan noble, tan generoso, tan desinteresado y tan sencillo. Pero, haciendo un último esfuerzo en favor de los colonos, dijo:

—Los arrendatarios de "El Naranjal" son buenos agricultores, verdaderos hombres de campo, de esos que contribuyen a la prosperidad de una hacienda. Si se van "El Naranjal" perderá unos buenos, unos utilísimos axiliares.

—Si se van—que es lo que nos conviene—sembraremos algodón y ganaremos muy buenas libras... Y no hablemos más de este asunto, Felipe. Tu no entiendes de negocios y con tus sentimentalismos lo echarías a perder todo.... Porque al fin y al cabo, tú no eres más que un poeta, querido hermano.

VI

Montado en uno de los pocos caballos que quedaban en la hacienda—un animal nervioso y fino, de mirada inteligente y brillante pelaje negro—Felipe vagaba por el campo. Como la hacienda era bastante grande, todavía permanecían algunos sitios sin sembrar. El joven buscaba estos rincones un poco salvajes y solitarios—grandes árboles llenos de cantos de turpiales, pequeñas praderas donde la yerba crecía libremente, senderos apenas trazados, bosquecillos de los que, a veces, salía corriendo una liebre o un venado—donde se escuchaba en toda su plenitud los melodiosos rumores de la naturaleza.

Morales traía el espíritu amargado, entristecido. Este regreso a su hogar y a su tierra—que fuera una de sus mas queridas ilusiones ¡cuántos desencantos le venía ofreciendo! La vieja casa tan cambiada, sus hermanos con gustos, ideas y sentimientos totalmente distintos de los suyos y, flotando en el ambiente, no sé que recelo, que hostilidad contra él, cuya alma estaba anhelante de afecto y de ternura.

Y no solamente en su casa se notaba ese afán tan mal orientado de "europeización". También en la ciudad se advertían una serie de transformaciones, que le restaban belleza y carácter. Muchas de las amplias casonas de macizos portones y espaciosos patios habían sido demolidas para dar lugar a unas feísimas construcciones de estilo yanqui. En la plaza grande habían sido cortados los hermosísimos ficus. Y en la iglesia aquel Señor de la Caña, venerado por todos los indios de la región, no estaba ya en el altar mayor; un Corazón de Jesús bonito y amanerado, proveniente de algún bazar de Saint Sulpice, ocupaba el sitio de la antigua imágen toda perfumada de oraciones, toda impregnada y saturada de lágrimas y de suspiros. Morales, herido en su sensibilidad de artista, se fué—sin poder contener su indignación—donde el cura, un gallego a la vez astuto y burdo, que se explicó así:

—Mire Ud., señor Morales; el Corazón de Jesús es la devoción de los tiempos actuales. Además las Hijas de María, señoritas muy virtuosas y de buena posición social, regalaron a la iglesia esta estatua, con el propósito de que ocupara el lugar de preferencia. Y por cierto, que había que darles gusto, aunque a los indios no les hiciera gracia el cambio, ¿no le parece a Ud?

Pensando en todas estas cosas que le dolían y le ensombrecían el espíritu recorría el joven la campiña de "El Naranjal". Ya estaba lejos de las plantaciones de algodón, de los cañaverales y arrozales—menos numerosos, el algodón era más lucrativo—de las chacaras y huertas de los arrendatarios y frente a él se extendía, inculto, vasto y majestuoso, el campo. Felipe se detuvo al pié de una acequia para que el caballo bebiera. La alegría de la mañana, la serenidad que irradiaba el paisaje suavizaban poco a poco su angustia y su tristeza. Felipe se sentía hombre de campo—hablaban en él varias generaciones de agricultores—, hijo de esa tierra, cuyo olor subía en esos momentos, hacia él, fortaleciendo su voluntad, templando su ánimo.

—Trabajar estos campos... Dejar para siempre la ciudad... y con Isabel cerca de mí, dándome la infinita dulzura de su cariño... ¡Ah! si he de entenderme con mis hermanos... Juntos hemos de continuar la obra de nuestro padre.

Un tordo cantó en un chirimoyo cercano. Su canción subió al cielo como un canto de júbilo y de esperanza.

POETAS DE ESPAÑA

ROMANCE

Aquí estoy sobre mis montes,
Pastor de mis soledades.
Los ojos fieros clavados
Como arpones en el aire.
La cayada de mi verso
Apuntalando la tarde.
Quiebra la luz en mis ojos
La perfección de sus mármoles.
Tiene el tiempo en mis oídos
Retumbos de tempestades.
Mi corazón acelera
Sobre los motores graves.
Vibra mi sien al zumbido
De los vientos pertinaces.
Yo aquì estoy sobre mis montes,
Pastor de mis soledades.

PEDRO GARFIAS